



AL INAUGURAR LOS CURSOS UNIVERSITARIOS DE 1934

POR EL

Dr. Sofanor Novillo Corvalán

(Rector de la Universidad Nacional de Córdoba)

Excelentísimo señor Gobernador:

Señor representante del Exmo. señor Ministro de Guerra de la Nación: (*)

Excelentísimo señor Obispo Diocesano:

Señores consejeros, profesores, estudiantes:

Señores:

Al inaugurar los cursos de 1933 me alentaba una doble esperanza; la de consolidar el orden merced a una política de sentido puramente universitario y la del desarrollo de una labor docente que por su importancia restituyese al claustro el prestigio que lo hizo famoso.

No creo engañarme al pensar que la paz conquistada tiene bases estables porque ha sido creada por un propósito superior de concordia y armonía, que, en el orden universitario, es preocupación preferente por el adelanto de la casa, llamar a su obra científica y cultural a todos sus auténticos valores; no promover cruzadas de hostilidad contra nadie y escuchar toda petición estudiantil razonada y justa.

Esa política, que no es excluyente de medidas de serena energía cuando las circunstancias las exigen, tiene la firmeza de una

(*) Con motivo de la creación de la escuela de ingeniero electro-mecánico y aeronáutico, fué invitado a hacer acto de presencia el Exmo. señor Ministro de la Guerra de la Nación, quien no pudo concurrir por hallarse enfermo y envió en calidad de representante al señor director general de aeronáutica militar, coronel Angel M. Zuloaga.

profunda convicción, de modo que seguirá siendo la consejera de mis actos en la seguridad de que ella crea el ambiente adecuado para que la Universidad cumpla sus fines esenciales.

Pero si el orden es posible por el empleo de tan simples resortes, el progreso de la Universidad, el perfeccionamiento de sus institutos, la dignidad y eficiencia de sus cátedras, la participación activa de sus estudiantes en la obra de su formación cultural y profesional, requiere, no sólo la preocupación que he puesto a su servicio, sino la colaboración de sus consejos, profesores y alumnos.

En esa tarea común no hay que olvidar que la responsabilidad mayor pesa sobre la docencia. Veinticinco años de magisterio en la cátedra secundaria y en la superior, me han enseñado cómo la juventud estudiosa se forma digna, respetuosa y aprovechada cuando recibe la lección de profesores capaces, ilustrados y rectos y cómo bebe desde temprano el desaliento, se plasma en la laxitud y enciende sus primeras rebeldías cuando sus conductores son maestros sin saber o sin conducta.

Toda cátedra, cualquiera que sea su grado, tiene, pues, un enorme poder educador o perversor; y si quienes la dictan se percatasen de esa verdad e impartiesen su enseñanza con capacidad vocacional y celo, con competencia y justicia formarían una juventud apta y disciplinada y prevendrían muchos malestares y disturbios.

No desconozco el influjo posible del medio y de la hora, las inquietudes que ellos pueden causar, las seducciones del "snob" en mentes sin madurez, pero el mal se agrava cuando faltan la competencia en los maestros y el ejemplo de su conducta.

Pero penetrando un poco más en el problema de la enseñanza me será permitido exponer algunas reflexiones que reputo fundamentales, no en nombre de la autoridad que invisto, sino primordialmente en el de una larga experiencia docente.

Observando a muchos hombres jóvenes que actúan en diversos escenarios de la nación o de las provincias, o en la cátedra, el libro, la conferencia o el discurso, me he formado esta convicción: predominan en ellos la información abundante en vez de las ideas fundamentales y del juicio personal, la inteligencia se mues-

tra dinámica, pero le falta penetración, en vez de herir la entraña de los problemas, se les describe, falta la visión segura del asunto y, en consecuencia, no hay acierto en la técnica. Esos hombres provienen de nuestras universidades, y debemos pensar que en ellas reside la causa de esa deformación.

No basta que el profesorado sea capaz e ilustrado; es necesario el empleo de una buena didáctica.

El primer error magistral consiste en el afán erudicionista, en conquistar el prestigio y la reputación de la cátedra a costa del estudiante.

El estudiante tiene un "standard" mental y un acervo de cultura y ciencia muy inferiores a los del maestro y exigirle una comprensión y asimilación de un ingente material de teorías, hipótesis y escuelas, es causarle aversión al estudio, desaliento y fracaso. Y cuando la renuncia no es posible porque es necesario conquistar el título, aquella profusa invasión torna obscura su mente, cuando no delirante o enferma.

Yo no sé si es verdadera la solución propuesta por Kant al problema epistemológico: el conocimiento humano para él no es el simple reflejo intelectual del mundo exterior, sino la aplicación de las formas fundamentales del espíritu que le son inherentes para poner orden en el caos de las sensaciones; pero es evidente para mí que el alumno que con escasos principios e ideas recibe un mundo de teorías, en vez de ponerles orden, se desordena su pensamiento.

Por las cátedras de Córdoba han pasado muchos maestros eximios del extranjero: Rafael Altamira, el padre José Antonio Laburu, René Demogue, Gastón Jeze, Enrico Ferri y hemos admirado en sus lecciones sus conceptos fundamentales y precisos, la diafanidad de su expresión y advertido la ausencia de todo alarde de erudición, no porque no fuesen eruditos, sino porque el saber profundizado y vasto que la erudición supone es para la investigación y el libro, no para la cátedra.

He comparado programas de la Universidad de París y de algunas italianas con los de Córdoba, comprobando la frondosidad de los nuestros, el intento de abarcar todos los tópicos de una disciplina, de agotar su contenido. La enseñanza universitaria con

esa vastedad se vuelve una carga imposible: en vez de formar hombres los deforma o los lleva a la desmoralización y al fracaso.

Un publicista dilecto de la juventud contemporánea, José Ortega y Gasset, proclama en una obra reciente la necesidad de la economía en la enseñanza y la urgencia de organizar las universidades con arreglo a este principio: “la capacidad del alumno, no el saber del profesor”. Y robusteciendo su concepto, añade: “hoy más que nunca el exceso mismo de riqueza cultural y técnica amenaza con convertirse en una catástrofe para la humanidad porque a cada nueva generación le es más difícil e imposible absorberla”.

Pero entiéndase que al exponer estas reflexiones no voy contra los maestros sabios y eruditos que dan relieve a la Universidad, dignos de todo encomio, y cuya profundización científica puede tener y tiene exteriorización en otras tareas que no sean las de la cátedra, sino a favor de una enseñanza adecuada a la posibilidad intelectual del estudiante y de programas equivalentes.

Conviene advertir que la tesis que sustento de la formación de un estudiante universitario con la mente sólida, plasmado en los principios y enseñanzas fundamentales de su especialidad, abonado su espíritu por lo esencial de las disciplinas culturales de su Facultad y sin la vanidad o sobresaturación enfermiza que crean la multitud de las teorías y el exceso de las fuentes bibliográficas, armonizaría con el tipo de bachiller que preparamos en nuestro Colegio de Monserrat, bajo la dirección de un plan de estudios clásicos, que busca desarrollo de facultades, no suma de conocimientos, a cuyo fin figuran como asignaturas directoras y formadoras el latín, que es un instrumento de disciplina mental sobre todo — tan necesario que Inglaterra lo exige hasta para cursar las escuelas industriales y técnicas — las matemáticas, en toda su elemental extensión, que estimulan las funciones discursivas y dan a la mente carnes estables y la filosofía en todas sus instancias, desde la ciencia del Estagirita que da una recia contextura a la mente y es propedéutica de toda disciplina, hasta la penetración del interior humano mediante la psicología, la visión superior a la terrena en la metafísica con la contemplación siquiera de los problemas trascendentales atinentes al destino del hombre

y el origen del mundo y la historia de la filosofía que debe hacerle ver nada más que direcciones fundamentales del pensamiento humano en los grandes períodos de su desarrollo.

Pero el problema de la cultura universitaria lo hemos mirado hasta ahora del punto de vista del profesor exclusivamente: lo integráis vosotros jóvenes estudiantes.

Advertid que el título universitario por el que bregáis es un honor que da realce personal, un capital que explotaréis en vuestro provecho y un medio que promueve a las más altas posiciones de la sociedad. No podéis lograrlo sin haceros dignos de él.

El estudio es sin duda penoso, pero sus satisfacciones son muy grandes. No se sube tampoco a la montaña sin fatiga, pero la posesión de la cumbre tiene un premio: la belleza del paisaje circundante. Y empezad por saber que la asistencia libre que está asegurada por el estatuto no es la inasistencia: es simplemente la supresión de los medios compulsivos. En Alemania, de donde hemos hecho el trasplante, la libertad de asistir es un derecho opcional entre la enseñanza del profesor oficial y la de los "privat-docent".

El auto-didacta, en período de formación, es ordinariamente un fracaso: es preferible el profesor mediocre al libro excelente.

La frecuencia de su comunicación, la pregunta, el comentario, la disputa, su contralor y el de los condiscípulos son sugerencias constantes, instrumentos preciosos de formación intelectual.

Pero sabed también que la asistencia sin el abono espiritual previo es estéril. Llegar a clase sin una lectura seria es actuar de radio escucha: deleitarse con la música de algunas palabras o dormirse de aburrido.

Por excelente que sea el profesor, en esos casos la enseñanza se vuelve una conquista frágil y fugaz; no adquiere ninguna consistencia porque no hay humus en el surco intelectual.

Es forzoso seguir los cursos con una fecunda actividad, con un pequeño esfuerzo diario.

Y es necesario tener una plena conciencia de la hora en que se vive. La sociedad exige hoy más que nunca de sus dirigentes, o de los que van a dirigirla. Hay que hablar menos de derechos y más de obligación.

El dogma individualista está en falencia: han sido quebradas por la fuerza de la corriente jurídica moderna las viejas fórmulas romanas de *jus abuti* y del *cui jure suo utitur, meaminen ledit*, así como los derechos del ciudadano y del hombre que consagró la revolución famosa.

Hasta las civilizaciones milenarias del Oriente se levantan de su anquilosamiento y elaboran un derecho de sentido social: China hace apenas cuatro años se ha dado un Código Civil de tan acentuada tendencia en ese sentido que es superior al suizo con ser éste acaso el mejor de los actuales Códigos europeos.

Ya no hay derechos con prioridad a los deberes, o, si queréis seguir usando el vocablo seductor, los derechos individuales, cualquiera que sea la esfera en que se muevan, tienen un sentido de obligación social.

Y si esto ocurre con los privados, más fuerte es la tendencia con los que miran a los fines sociales y a las funciones del estado.

Es forzoso, pues, actuar con arreglo a aquellas normas y a las nuevas orientaciones, para que la enseñanza universitaria sea una feliz coordinación de esfuerzos de maestros y alumnos, una comunión de ideas, una dignificación de la vida, una elevación espiritual.

El programa de perfeccionamiento y adelanto que nos toca cumplir este año tiene un extraordinario interés y abre nuevos horizontes a la vida de la Universidad.

La Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales se propuso, hace dos o tres años, incorporar a sus escuelas la especialidad de la ingeniería aeronáutica, pero la iniciativa que contó con el apoyo decidido de los ex-rectores ingenieros José Benjamín Barros y Eduardo Deheza, no tuvo sanción. Yo la he hecho revivir con profunda simpatía, contando con la doble colaboración inteligente del señor Decano ingeniero Daniel Gavier y del Consejo Directivo de su Facultad, con la participación ilustrada y técnica del señor Director de la Fábrica de Aviones, mayor Bartolomé de la Colina, y con el auspicio entusiasta del señor Ministro de la

Guerra, general Manuel Rodríguez y del director general de Aeronáutica Militar, coronel Angel M. Zuloaga.

Una concurrencia de factores hace legítimo el optimismo sobre el éxito de la creación.

La Fábrica de Aviones, única en el país, dotada de un laboratorio aerodinámico superior al de los más reputados de Europa, no sólo ofrece un excelente material práctico para la enseñanza, sino que cuenta con un personal de ingenieros especializados de gran autoridad, egresados en su mayor parte de las universidades italianas, que renuevan incesantemente su cultura en viajes periódicos a Europa y Norte América y que pueden ser los competentes profesores de la nueva escuela.

La Fábrica de Aviones no está en un período de ensayo: la labor científica y técnica que desarrolla le ha dado en poco tiempo prematura madurez. Su producción en aviones y motores es excelente: todavía evocamos con emoción el magnífico vuelo de las alas mecánicas salidas de su seno en una jira por medio continente sudamericano.

La nueva escuela contará con alumnos de las naciones vecinas y aún de las relativamente distantes: el director de la aeronáutica de Río de Janeiro ha anunciado personalmente al director de la Fábrica de Aviones de Córdoba que tan pronto como entre en vigor la ordenanza que crea la ingeniería aeronáutica, vendrán militares cariocas a cursarla, de modo que la nueva especialidad permitirá también renovar vínculos de confraternidad sudamericana.

No dudo, por lo demás, que los títulos que expida la Universidad de Córdoba tendrán tanto prestigio como los mejores de Europa, porque la Facultad de Ciencias Exactas ha elaborado el plan de estudios y los programas después de una labor de confrontación, crítica y adaptación, revelando una verdadera circunspección científica y docente y puede disponer, como he recordado ya, de un núcleo de docentes de gran autoridad y del copioso y moderno material que ofrecen los gabinetes y laboratorios de la Fábrica de Aviones.

Es bueno advertir, finalmente, para prevenir prejuicios, que la ingeniería aeronáutica no prepara únicamente técnicos para la guerra, sino para la paz; que las comunicaciones aéreas aproxi-

man con más celeridad hombres y culturas y que la nueva carrera plantea a la consideración de los técnicos nuevos problemas del espacio de naturaleza eminentemente científica.

En Diciembre del año pasado he inaugurado el Instituto de Tisiología, creado por ordenanza de la Universidad del 13 de Setiembre de 1933 con asiento en el Hospital "Tránsito Cáceres de Allende". Su dirección ha sido confiada a un profesor, cuya reputación excede al límite del país. Como temo que mi juicio sobre el significado, importancia y trascendencia del instituto pueda ser apasionado en razón de ser junto con el señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas doctor Ramón A. Brandán autor de su creación, me limito a recordar lo que "El Día Médico", la revista más autorizada en la especialidad de la Capital Federal dice al respecto: "La Universidad de Córdoba al crear un Instituto de Tisiología, ha dotado, no sólo a su Escuela Médica, sino al país de un centro de labor cuyo alcance social, científico y docente tendrá enorme repercusión. La Universidad ha demostrado así tener un sentido realista de oportuna política cultural, desde que añade a las tradiciones de sus escuelas facultativas un centro de estudios superiores único en la Argentina".

Ese Instituto, a cuya creación oficial le ha precedido una enorme labor a cargo de su director doctor Gumersindo Sayago y del núcleo de médicos animosos e inteligentes que le secundan, consistente en un interesante museo de anatomía patológica y en nutridas historias clínicas, científicamente clasificadas, contará también con excelentes laboristas. He hecho ya las gestiones para la contratación del doctor Andrés Arena, especialista argentino que ha trabajado varios años en el Instituto Pasteur al lado de Calmete y como resultado de ellas dicho especialista entrará en funciones en el mes próximo. Al inaugurarle dije que "había puesto cariño y hasta fervor en su creación y que seguiré poniéndolos en su funcionamiento como si se tratase de un instituto afín con mi cultura jurídica" porque veo en él un organismo de alta función social y un centro de significación científica que dará prestigio a la Universidad.

Y para que el Instituto cumpla mejor su destino propendré a que el Gobierno de la Provincia ponga a su servicio docente y científico los dispensarios antituberculosos que con tanto acierto

ha fundado, así como gestionaré — sea dicho de paso — de su reconocida buena voluntad a favor de la Universidad la utilización de su Hospital San Roque, que es un modelo de nosocomio, con fines de enseñanza, pues tiene una Morgue que ofrece material para la medicina legal y una sala de policía apta para la cirugía traumática.

De esa compenetración del gobierno y la universidad, ambos ganarán: la enseñanza ensanchando sus clínicas y experimentaciones y el estado al contar para la obra de asistencia social que cumple con catedráticos competentes y estudiantes destacados.

Este año levantaremos un templete en la Biblioteca Mayor de la Universidad destinada a guardar los libros del Doctor Don Dalmacio Vélez Sársfield y los manuscritos del Código Civil. Encomendé a una comisión formada por los arquitectos Juan Kronfuss, Salvador A. Godoy y Jaime Roca y el pintor Carlos Camilloni la confección de un proyecto que está ya terminado; pero paralelamente con esa obra, doce profesores de derecho civil nos hemos propuesto la tarea de rendirle un homenaje intelectual al codificador, que consistirá en un estudio crítico del ante-proyecto de reformas elaborado por el Doctor Juan A. Biliboni frente al Código en vigor y a las necesidades actuales.

La tarea está distribuída con arreglo a la parte especial en que cada catedrático profesa. Será la primera obra de esa índole que se edite en el país y servirá de contribución al estudio de la reforma de la legislación civil.

Pero en el deseo de crear algo más orgánico y permanente, me propongo fundar un instituto de derecho civil como coronamiento de aquel esfuerzo, el que permitirá investigaciones interesantes sobre fuentes y bibliografía del Código, sobre exégesis, crítica, jurisprudencia, legislación comparada, etc.

La Universidad de Córdoba tiene una tradición civilista que es útil fomentarla. De la Universidad salió el codificador, a ella pertenece uno de los más prestigiosos revisores de nuestra biblia civil; varios catedráticos han publicado obras que la crítica las ha juzgado con gran encomio y ha contado siempre con un profesorado que le ha dado justificada nombradía.

Con las creaciones enunciadas damos a nuestro instituto fisonomía propia.

Las universidades no deben ser construídas sobre un patrón uniforme. Sin perjuicio de bases comunes, cada una debe adaptarse a su geografía física y a su clima moral.

Acaso no nos sea dado seguir la inspiración de Joaquín V. González cuando veía en la Universidad de Córdoba una vocación para la enseñanza de la ciencia pura; pero acogemos en parte su sugestión al crear el Instituto de Filosofía que entrará en funcionamiento este año, el que deberá ser no un centro docente, sino de investigación. Tan alta disciplina reanuda también una tradición de esta casa, cuyo ambiente preferentemente teologal y místico, en un pasado no lejano, hizo siempre propicias y atrayentes las especulaciones trascendentales, sea que se moviesen en el terreno de la religión o de la filosofía.

Sin desmedro, pues, de sus otras disciplinas podrá ser nuestra Universidad centro de atracción e irradiación en una especialidad tan moderna como la aeronáutica, en la fisiología tan vinculada al medio geográfico, en la vastedad del derecho civil, que es cimiento social más sólido que el del derecho público, según el juicio de Demolombe y en las especulaciones desinteresadas de la filosofía que ennoblecen un ambiente y contribuyen también a dar al desenvolvimiento de una civilización un contenido espiritual.

Juntas así, tradición e instancias cambiantes de la vida, enseñan la continuidad del espíritu y su sed insaciable de nuevas conquistas.

Con las ideas, propósitos y programas enunciados, declaro inaugurados los cursos de 1934.